



## Domingo V Cuaresma

Las tres lecturas de la Palabra de Dios nos transmiten hoy la experiencia común de que todo encuentro con Dios es fuente de salvación y abre horizontes nuevos de vida. Y que es Dios quien sale siempre de nuevo al encuentro de su pueblo y de cada uno de sus hijos, porque su fidelidad y su misericordia son eternas. Dios muestra siempre de nuevo su poder con el perdón y la misericordia. No se cansa nunca de perdonar, pero nosotros nos cansamos fácilmente de pedir perdón.

El profeta Isaías ha recordado al pueblo que el Señor le abrió camino en el mar rojo y le defendió de los carros de guerra de sus enemigos. Y le anuncia que ya en el presente tiempo de destierro está empezando a realizar una obra nueva y tan grande como la del pasado, que le hará mirar al futuro sin recordar lo de antaño ni pensar en lo antiguo. Porque de nuevo va abrir a su pueblo un camino en el desierto y va hacer brotar en el yermo ríos para apagar la sed de su pueblo elegido.

También el testimonio de san Pablo nos ha indicado que se olvida de lo que queda atrás, de su vida en busca de la justicia por la observancia de las obras de la Ley, para lanzarse a lo que está por delante, corriendo hacia la meta, para el premio al que Dios le llama, por la gracia de la salvación, que Cristo ha obtenido para él.

La aparición de Jesús resucitado a Saulo le ha cambiado la memoria de su pasado y le ha mostrado un futuro insospechado como apóstol de aquel Jesús, al que él juzgaba justamente crucificado por blasfemo y como falso profeta al que había que perseguir para salvar la verdadera fe de Israel en Yahwé. Y Pablo ha experimentado este encuentro como manifestación de la misericordia de Dios con él, porque no sabía lo que hacía al perseguir a Jesús y a sus discípulos. Pero desde que el Dios que le eligió desde el seno de su madre, se dignó mostrarle su gracia y su misión, Pablo ha considerado como basura y sin valor alguno todo lo que no sea el conocimiento de Cristo y la comunión en sus padecimientos. Porque ha experimentado que Jesús le amó y se entregó a la muerte por él, ya no vive sino para Cristo; más aún está cierto de que es Cristo mismo quien vive en él. Salvado por el amor de Cristo, se siente urgido por este amor a ser apóstol del Evangelio de Jesucristo hasta los confines del mundo. La misericordia de Dios y el amor de Jesús han hecho de Saulo un hombre nuevo, cuya meta es ganar a Cristo y existir en él, con la justicia que viene de la fe en Cristo, muriendo su misma muerte para llegar un día a la resurrección de entre los muertos.

La escena evangélica de hoy es una apremiante invitación a meditar en la misericordia de Dios anunciada por Jesucristo a todos los hombres: la misericordia que recrea al hombre y abre un futuro a quien ya no tiene esperanza alguna. Esta misericordia de Dios nos atrae y nos mueve a la conversión de nuestros pensamientos y nuestras acciones.



Al amanecer Jesús va al templo de Jerusalén y el pueblo acude a él para escuchar su enseñanza. Entonces se le acercan algunos escribas y fariseos: ellos no soportan que Jesús haya venido a *“llamar a los pecadores y no a los justos”* (cf. Lc 5, 32), ni consiguen comprender que *“acoja a los pecadores y coma con ellos”* (cf. Lc 15, 2); mucho menos pueden aceptar que les dirija palabras como éstas: *“Os aseguro que los publicanos y las prostitutas entrarán antes que vosotros en el reino de Dios”* (Mt 21, 31). Por esto *“se presentaron con una mujer que había sido sorprendida en adulterio. La pusieron en medio de todos y preguntaron a Jesús: ‘Maestro, esta mujer ha sido sorprendida cometiendo adulterio. En la ley de Moisés se manda que las mujeres como ésta deben morir apedreadas. ¿Tú qué dices?’”*. Su recurso a la Ley es formalmente correcto y expresan bien el contenido de lo mandado en los libros del Levítico (cf. Lv 20, 10) y del Deuteronomio (Dt 22, 22-24), pero su corazón está habitado por el odio y por malas intenciones: “tientan” a Jesús y lo ponen a prueba para hallar una contradicción entre su enseñanza y la ley de Dios, de modo que puedan condenarlo.

Ellos esperan una respuesta, pero Jesús se limita a escribir en silencio con el dedo en la tierra hasta que, apremiado con insistencia, dice: *“Aquel de vosotros que no tenga pecado puede tirarle la primera piedra”*. Pero ¿quién de nosotros está sin pecado? A lo sumo podremos tener habilidad para ocultarlos, a la vez que ponemos gran cuidado en acusar con dureza a quienes son descubiertos públicamente como pecadores. Jesús descubre en este falso celo de los acusadores una clara manifestación de su pecado. Pero ellos no son capaces de percibir que el pecador público es el signo visible de la condición pecadora de cada uno de nosotros, todos pecadores, todos necesitados de la misericordia de Dios como de nuestro pan de cada día... Únicamente Jesús, porque no tiene pecado (cf 2 Cor 5, 21; Heb 4, 15; 1 Jn 3, 5), podía arrojar una piedra, pero no lo hace. Entonces los acusadores se van marchando silenciosamente *“uno tras otro, comenzando por los más viejos”*, comenzando por los que más pecados tienen en su conciencia, y dejan a Jesús con la mujer: Quedaron solos los dos, la miseria y la misericordia.

Y esta es la entrañable conclusión de la escena: *“Jesús se incorporó y le preguntó: ‘Mujer, ¿dónde están? ¿Ninguno de ellos se ha atrevido a condenarte?’. Ella le contestó: ‘Ninguno, Señor’. Entonces Jesús añadió: ‘Tampoco yo te condeno. Puedes irte, y no vuelvas a pecar’”*.

Obligado a optar entre la Ley y la misericordia, Jesús elige la misericordia sin ponerse en contra de la Ley, porque sabe distinguir entre el pecado y el pecador. La Ley es necesaria para indicar y denunciar el pecado; pero, una vez infringida la Ley, frente al pecador concreto debe prevalecer la misericordia. Jesús muestra la peculiaridad de su enseñanza frente al Antiguo Testamento no condenando nunca, sino perdonando siempre con misericordia. Jesús denunció con energía el pecado y exhortó a la conversión; pero siempre que encontró a un pecador lo absolvió de sus pecados y nunca lo acusó ante la justicia humana. Con claridad y valentía pronunció sus *“¡Ay de*



Carlos López Hernández

*aquellos...!*”, poniendo en guardia ante el juicio de Dios, pero nunca castigó a nadie: Jesús sabía distinguir perfectamente entre la condena del pecado y la misericordia frente al pecador.

Este es el mensaje de la misericordia de Dios, que elimina todo pecado; el anuncio de su perdón anterior incluso a nuestra conversión. Aquí está la singularidad escandalosa de Jesús, rechazada por quien se considera justo, acogida por los pecadores: quien se reconoce pecador, en efecto, puede experimentar que la misericordia de Dios en Jesucristo posibilita un nuevo comenzar cada día. Y así se hace capaz de ejercer una misericordia semejante en relación con todos los pecadores, todos cubiertos con la inagotable misericordia de Dios.